

**XII DÍA DEL PÍNFANO
CONCURSO DE RELATOS**

Por FRANCISCO ANTONIO ÁLVAREZ LÓPEZ

EL DURO DE DON JOAQUÍN

Ni se te ocurra pensar que con esto quiero decir que D. Joaquín era un tipo duro. Ni mucho menos. Estás muy equivocado si llegaras a pensar eso, pues D. Joaquín Sánchez Revés, "el foca", profesor de Historia en el Colegio La Inmaculada, era una persona sensible, quizás un poco gruñón, algo arisco y reservado, pero sin lugar a dudas, respetuoso y amable; lo que se puede decir un perfecto caballero de capa, pipa y sombrero. Rematando su figura con un varonil bigote revirado en semicírculo en ambos sus dos extremos. Era, no cabe duda, un personaje singular; como de otra época. Evocaba recuerdos del pasado que cuando le veías saludando al cruce con una dama, tocando ligeramente el ala de su sombrero e inclinando la cabeza, no podías reprimir una sonrisa cómplice y pensar: "Ya no quedan caballeros como este".

El cambio de colegio, de Padrón, un pueblo de La Coruña, a la capital de España, suponía una gran novedad para mí, a pesar de que mi hermano ya me había anticipado lo que me encontraría al llegar al nuevo colegio de Madrid, calle López de Hoyos 317, barrio de Chamartín de la Rosa, en La ciudad Lineal.

Al fin podría poner cara a todos aquellos personajes tan peculiares que estaba ansioso por conocer: El director, D. Antonio Salinas, "el sasa", profesor de latín; el administrador, D. Vicente Garralda, "el bisonte", profesor de ciencias- que si estabas cerca de él cuando explicaba la lección acababas empapado de una fina lluvia salivar-. El secretario, D. Inocencio Abadía, "el pájaro", profesor de francés; D. Luis Rejas, "el triqui", de lite-

XII DÍA DEL PÍNFANO CONCURSO DE RELATOS

ratura- que en cierta ocasión casi me parte el tímpano de un bofetón que me dio- seguro que con bastante razón. El polinomio, de matemáticas... etc. Y del personal no docente, destacando con mucha diferencia, "la Manola", impresionante señora, morena de pelo largo, ojos negros, labios carnosos pintados siempre de rojo, con firmes y grandes senos. Modelo perfecta para que Julio Romero de Torres hubiera inmortalizado en uno de sus lienzos.

Al parecer viuda también de militar, era la encargada de las chicas de servicio. Su trabajo más conocido, al menos para nosotros, consistía en repartir el pan en el desayuno, comida y cena, con una pequeña cesta apoyada en su regazo, para quien quisiera repetir. Los más atrevidos le decían: "¡Dame un pico, Manola!". Y estirando la mano, con muy poco disimulo, le tocaban uno de sus dos "picos" naturales que la Manola tenía. Si tuviera que recordar a otra persona del servicio, tendría que ser, sin lugar a dudas a la inocente Simona; persona cándida, rayando lo infantil, con un corazón que se le salía del pecho. Jamás vi un atisbo de malicia en aquella excelente mujer. Lástima que siempre había algún desalmado que abusando de su buena fe se mofaba de ella y la humillaba inútilmente.

Volviendo con D. Joaquín y tratando de describir un poco su figura y su persona, como dije en un principio, su indumentaria, sobretodo en tiempo frío, consistía en un traje de color indefinido, posiblemente el de su boda, si es que estuvo casado alguna vez; una pipa de espuma de mar siempre empuñada en su mano izquierda, hermosa capa española y negro sombrero de copa. Llegando la primavera, su cambio simplemente consistía en suprimir la capa y cambiar su viejo traje por otro un poco más claro aunque no menos ajado que el de la temporada anterior. Su brazo izquierdo era ligeramente más corto que el derecho y de ahí nació quizá la leyenda que año tras año y de boca en boca circulaba por el C.H.O.E.

XII DÍA DEL PÍNFANO CONCURSO DE RELATOS

Se contaba que en otro tiempo, siendo capitán de barco, bergantín, tal vez goleta, capeando una dura travesía con mar gruesa y viento fuerte, sintiendo crujir un palo: trinquete, mayor o mesana -nadie supo precisar a ciencia cierta de que mástil se trataba- y para evitar que lesionara a uno de sus tripulantes o marineros, intentó parar el golpe interponiendo su mano izquierda, lo que supuso acabar con el húmero en dos trozos y subsanar la rotura con un aro de platino, teniendo ya para siempre el brazo un poco más corto. Es sumamente curioso y realmente siempre sospeché de esta historia, pues nunca le oí a D. Joaquín referirse a cualquier tema que hablase de barcos y travesías. A veces intentábamos en vano que nos contara sus aventuras marinerías pero nunca lo conseguimos y él siempre evadía ese tipo de comentarios.

D. Joaquín no pronunciaba la R y fue por ese motivo que tuvo un fatal desencuentro con mi hermano, porque al tener el mismo defecto, en un principio pensó que pretendía burlarse de esa deficiencia suya, pero al cabo de algún tiempo, viendo que no fingía, reconoció su error y pidiéndole disculpas, tuvo para con él una sincera amistad, premiándole a fin de curso con una muy buena nota.

La primera media hora de clase, la dedicaba D. Joaquín a explicar la lección correspondiente, amenizándola siempre con curiosas anécdotas que a mí, personalmente, me gustaban más que la propia lección del día. La siguiente media hora, sacaba a tres o cuatro para decir la lección a pie firme frente a él. Cuando me sacaba a mí, siempre me mandaba sentar en una silla, pues el curso anterior me había roto la rodilla en clase de gimnasia y a pesar que yo le decía que podía estar de pie, continuamente insistía que me quedara sentado. Esto demuestra, como mencioné al principio, sensibilidad, buen tacto y humanidad del querido profesor.

XII DÍA DEL PÍNFANO CONCURSO DE RELATOS

Aquel día soleado de los primeros de abril nunca se me olvidará, porque a la postre fue el primer dinero que gané gracias a mi trabajo, estudiantil, por supuesto. Y es que cuando respondías la lección correctamente, formulaba a los finalistas lo que se conocía como pregunta de diez, cuya respuesta acertada suponía que te daba un billete de cinco pesetas, en la jerga popular conocido como "duro". Cabe reseñar que en aquel año de mil novecientos sesenta y dos, con cinco pesetas -tres céntimos de euro actual- podías pasar tranquilamente la tarde de un domingo: el cine, tres pesetas; un refresco con miloja, una con cuarenta; y te sobraban sesenta céntimos para comprar el lunes seis caramelos Saci, a las once en el recreo.

Los cuatro que habíamos respondido de forma correcta la lección completa estábamos expectantes esperando, casi temblando, la temida pregunta de diez; la premiada con el duro.

La pregunta fue la siguiente: "¿Quiénes fueron el bisabuelo y preceptor de Alejandro Magno?". Un tenso silencio se hizo dueño de la clase. Pero cuando todos pensaban que ese día no habría duro, recordé perfectamente aquella entretenida charla de hacía al menos un mes, en que nos había contado de una forma muy amena, como siempre, parte de la vida de Alejandro Magno, que bajo el nombre de Alejandro III de Macedonia, reinó durante trece años. Sólo yo levanté la mano y respondí con aplomo: "Filipo primero de Macedonia y el filósofo Aristóteles". Esbozando una ligera sonrisa y sacando su cartera me dice: "Aquí tiene usted su premio". Y me entregó entonces el muy preciado billete.

XII DÍA DEL PÍFANO CONCURSO DE RELATOS



He recordado esta historia porque ordenando una vez más mi caduca biblioteca, apareció entre mis manos un libro que me había regalado D. José Hesse Murga, "el pepe", profesor de literatura en Carabanchel Bajo, hombre desaliñado en el vestir, fumador empedernido, un tanto supersticioso, pero sin lugar a dudas, una excelente persona y docto en la materia que con tanto cariño enseñaba. Me contaba Carlos Justo, que un día antes de entrar en clase le dice en voz baja: "Pídeme un cigarrillo con discreción", y poniéndose en medio del aula proclama con toda energía: "Un cigarro pa D. José". Lo que después sucedió es fácil de imaginar... Gritos de D. José: "¡Pero chico!, ¡pero chico!, fuera de clase". Y Carlos Justo al pasillo.

**XII DÍA DEL PÍNFANO
CONCURSO DE RELATOS**

Después de imponer un ligero orden en la biblioteca, agrupando los libros por sus temas correspondientes, me senté plácidamente en mi sillón preferido dejándome invadir por aquel tiempo pasado .Imposible fue evitar la tentación de ojear nuevamente aquel libro titulado: "La literatura española en el siglo dieciséis". Ver la dedicatoria que me hizo D. José, leer las primeras hojas y encontrar la gran sorpresa que me llenó de emoción, pues en medio de aquel tomo se encontraba adormecido, estirado y con postín, un viejo billete verde: EL DURO DE DON JOAQUÍN.